

# CON LA MÚSICA A OTRA PARTE

## ANTOLOGÍA DE CUENTOS MUSICALES

SELECCIÓN DE **Diego F. Barros**

ILUSTRACIONES DE **Florencia Desalvo**



# CON LA MÚSICA A OTRA PARTE

ANTOLOGÍA DE CUENTOS MUSICALES

**Fabián Sevilla, Fernando de Vedia,  
Graciela Repún, Ricardo Lesser,  
Franco Vaccarini**

SELECCIÓN A CARGO DE **Diego F. Barros**

ILUSTRACIONES DE **Florencia Desalvo**

# LA CANCIÓN FINAL

FABIÁN SEVILLA

**A**lex sabe que se quedó dormido. Lo sabe cuando despierta como empujado de un sueño vacío y, aún bastante confundido, se descubre de pie, petrificado en medio de su habitación, sospechando que ha pasado el tiempo pero no puede determinar cuánto.

A la vez por sus oídos se cuela un sinfín.

*...sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres...*

¿Qué lo despertó?

Fue esa extraña seguidilla de letras que salen de la canción que parece trabada en el tocadiscos. Fueron los gritos del cantante que los parlantes

escupen igual a un dragón lanzallamas. Fue esa melodía discordante sobre la cual la voz quebrantada repite, repite, repite algo sin sentido.

*...sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres...*

Álex se siente ridículo.

Se había propuesto descubrir algo en verdad sorprendente, pero al final ese «algo» resultó ser una mezcla ensordecedora de palabras acompañadas por una deformada base musical. Pero sin poder dejar de escuchar, a su ridículo se suma otra impresión.

Al chico lo ataca un creciente malestar.

No sabe por qué no puede moverse. Y solo con los sentidos de la vista y el oído activados, busca en su memoria todavía adormilada para recordar. Recordar cómo llegó a ese momento, a esa confusión de sensaciones, a ese estado casi de sonámbulo...

Todo había comenzado hacía unas semanas, cuando estaba revisando *feeds* de Instagram.

Álex solía ingresar en los *hashtags* referidos a música. Siempre quiso ser guitarrista de heavy metal y cuando no se concentraba en domar las cuerdas de su Fender Stratocaster, se encerraba en su cuarto para leer en el celular sobre cantantes, bandas y novedades respecto de la tecnología aplicada al arte de combinar los sonidos del rock metálico.

De entre todos los *hashtags* que frecuentaba, uno en especial atraía su curiosidad: #big.rockers.misteries.

Con esa etiqueta, miles de amantes de las leyendas urbanas del rock posteaban famosos mitos que en los comentarios muchos ponían en duda, pero que nadie rebatía con argumentos aceptables.

Y a través de #big.rockers.misteries Álex se había enterado de que Paul McCartney, uno de los popes de The Beatles, aparece descalzo en la portada del álbum «Abbey Road» porque había muerto y hacía mucho lo reemplazaba un doble llamado William Campbell. También que, pese a que Elvis Presley, considerado el inventor del rock and roll, falleció en 1977, hasta hoy se dice que sigue viviendo de incógnito y alejado de la fama. O que Gene Simmons, uno de los vocalistas de la banda Kiss, se había hecho un injerto de carne de vaca en la boca para impresionar a los fans desplegando en los conciertos una exageradísima lengua.

El chico leía todo, entre incrédulo y divertido. Hasta que alguien posteó sobre Los juglares del inframundo, una banda de heavy metal en español que había alcanzado escasa fama en la década del 80. En los recitales, sus cuatro integrantes se presentaban como muertos resucitados: los rostros bajo macabros maquillajes, usando harapos como se supone queda la ropa luego de años de permanecer

dentro de un ataúd, exhalando a la platea una humareda con tufo a cadáver.

Pero lo que más atrajo su atención fue que el *feed* mencionaba un famoso pero enigmático disco de esa banda.

Se lo conocía como «el disco maldito».

Sí, porque se decía que Los juglares del inframundo habían hecho un pacto siniestro para conseguir fama. Grabaron un único disco con canciones que les dictó aquel con quien habían firmado ese trato. Sin embargo, alguien no cumplió con el acuerdo y luego de lanzar pocas copias de su álbum, nadie volvió a escucharlos ni a escuchar nada sobre los integrantes de la banda.

En cambio, creció una leyenda en torno al disco, en especial a su última canción.

El rumor decía que al ser escuchada en reversa «algo» sucedía.

—¿Algo como qué...? —se preguntó Áxel.

Cautivado por el misterio, empezó a buscar más información en internet. Y en sitios referidos a leyendas urbanas averiguó que algunos curiosos habían hecho la prueba para averiguarlo. Jamás ninguno reapareció para postear qué era ese «algo» vinculado a la canción final.

«Tal vez nadie cuenta lo que ocurre al escuchar esa canción en reversa porque no pasa nada y prefieren callárselo para no quedar como bobos o en realidad ese tema no existe y el mito es lo único que

Los juglares del inframundo han legado al mundo», aseguraba una de las tantas páginas web que el chico husmeó.

Aun así lo atacó la necesidad, casi la obsesión de averiguarlo por sí mismo. En caso de que el disco existiera, quería descubrir qué ocurría al reproducir de atrás hacia adelante la canción final. ¿Revelaba algo fuera de lo normal? ¿O uno terminaba burlado por escuchar una serie de acordes sin ton ni son y palabras cantadas al revés?

Revolvió en disquerías de segunda mano de la ciudad, pero el único disco de esa banda de mala muerte parecía esquivarlo. En muchas tiendas no tenían idea de qué hablaba; en otras, sabían de qué se trataba, pero jamás lo habían tenido; en un par de lugares le aseguraron que acababan de vender la única copia que habían tenido.

El muchacho que atendía uno de esos locales le recomendó buscar el disco de vinilo en internet. Y le pasó el nombre de una plataforma de comercio *online* donde podría hallarlo. Hallar eso que a Álex se le iba volviendo un tesoro oculto y que debería buscar tal vez para siempre como parte de una maldición.

Y en esa plataforma, Álex encontró una sola oferta por el único, enigmático, mitológico disco de Los juglares del inframundo. En la descripción del producto, el que lo ofertaba brindaba poquísimos datos sobre la banda.

¡No decía nada sobre la canción final!

El precio era alto pero el chico, que no podía perder la oportunidad, lo compró. Para pagarlo se gastó la mitad del dinero que había ahorrado con lo que su papá le iba dando para las vacaciones.

Mientras esperaba a que su compra *online* le llegara por encomienda, Áxel se ocupó de conseguir lo otro que necesitaba. La parte que le quedaba de sus ahorros no le alcanzaba para comprar una bandeja para vinilos como las que usan los DJs. Recordó entonces que en la casa de sus abuelos había un antiguo tocadiscos; sin embargo, cuando intentó hacer girar la bandeja, el vetusto aparato produjo un cortocircuito que hizo saltar el disyuntor. Su abuela le dijo de todo, menos lindo.

En otra plataforma de venta de antigüedades encontró decenas de tocadiscos de cuando aún la vida era en blanco y negro. Como la oferta era muy amplia pagó casi nada por uno de ellos, aunque sabía que en las siguientes vacaciones iba a tener poco dinero para gastar.

Al fin una empresa de encomiendas le llevó a su casa las dos compras. Lo que le dejaron fue una caja de cartón y un gran sobre cuadrado.

Emocionadísimo, Álex se encerró en su cuarto.

Al desembalar la caja, consideró que una simple licuadora tenía más dignidad que el añoso tocadiscos.

—Si de eso sale música, yo soy Ozzy Osbourne  
—clamó el aspirante a metalero devenido en revelador de misterios musicales.

No obstante, sospechó cómo debió sentirse el primer hombre que vio la Tierra desde el espacio. Eso cuando por primera vez en sus manos tuvo un disco de vinilo: jamás había visto uno; acostumbrado a descargar música de internet en su celular, incluso para él ya los CD eran cosas de otro siglo.

Con ansiedad, abrió el sobre.

Se frustraron sus ganas de conocer cómo debieron verse Los juglares del inframundo. La portada del disco no tenía ninguna foto, solo el nombre de la banda formando un intrincado monograma.

En el reverso esperaba leer más información sobre sus integrantes, pero solo aparecía la enumeración de los temas que incluía la placa. Eran ocho canciones, todas con títulos ingenuos, poco sugerentes, previsibles: «Balada para un hombre lobo» o «Medianoche en un sepulcro» o «Nunca duermas en un féretro».

En cuanto a la canción que él buscaba, era de hecho la final de la lista y su nombre sumaba una cuota al misterio.

Se llamaba «Sortoson ed sám onu».

—¿Estará en una de esas lenguas antiguas, que llaman muertas? ¿O en vez de Los juglares del inframundo esos tipos deberían haberse llamado Los escapados del manicomio? —se burló Álex.

Era un verdadero capo arreglando aparatos eléctricos. En sus ratos de ocio prefería eso a leer un libro o pasarla junto a su papá y su mamá, que siempre

terminaban peleándose sin importarles que él o Mora, su hermana menor, estuvieran en el medio.

Y encerrado en su cuarto, se dedicó toda una tarde a modificar el mecanismo del tocadiscos, que era una pieza de museo. Demoró en adaptarlo pero, cuando lo probó, había logrado que la bandeja pudiera girar en sentido horario y, también, en sentido antihorario.

—Todo llega —murmuró y creyó sentir aplausos en la soledad de su habitación.

Con sus dedos rozó los surcos que limitaban cada una de las canciones del disco.

Lo puso sobre la bandeja giratoria del aparato.

Primero lo hizo girar de modo convencional; quería escuchar cuán pésima había sido aquella banda.

Recostado sobre la cama, lo confirmó desde el primer acorde. Sus canciones eran una maraña de guitarras fuertes y distorsionadas al punto del desquicio. El bajo producía la sensación de estar recibiendo patadas en la nuca; la batería sonaba peor que si la hubiera ejecutado un gorila que sufría un ataque de histeria.

Las letras eran una cadena de lugares comunes. Repetían hasta el hartazgo «muerte», «infierno», «sangre», entre otros versos que aquellos músicos suponían debía cantar un grupo de heavy metal. A eso se sumaba la tortura del vocalista: sus agudos superaban los decibeles del chillido de un cerdo en pleno degüello.